

No sé cómo te perdí. Recuerdo aquel largo tiempo buscándote, frenético y con ganas de vomitar... Me sentía bastante acelerado debido a la ansiedad. Y entonces te encontré, así que salió bien. Solo que te perdí de nuevo. Y no logro entender cómo ocurrió.

Estoy aquí sentado en esta azotea que seguro que recuerdas, observando la peligrosa ciudad. Desde mi azotea, recuerda, se ve un paisaje insulso. No hay parques que rompan la monotonía urbana, ni torres que destaquen una mierda. Solo un interminable y aburrido entramado de ladrillo y cemento, un caos anodino de callejuelas que se entrelazan alargándose hasta el infinito detrás de mi casa. Cuando me mudé aquí por primera vez me sentí decepcionado; no vi lo que había en aquel paisaje. No hasta la noche de Guy Fawkes.

Acababa de sentir un golpe de aire frío y un sonido de tela mojada agitada por el viento. No vi nada, por supuesto, pero sé que un madrugador pasó volando cerca de mí. Veo cómo crece el anochecer detrás de las torres de gas.

Esa noche, el cinco de noviembre, subí y contemplé cómo unos fuegos artificiales baratos rugían subiendo hacia el cielo. Estallaron justo a la altura de mis ojos y recorrí sus trayectorias a la inversa para localizar los jardincillos y balconcitos desde los que despegaban los cohetes. No había forma de seguirlos de tantísimos que eran. Así que me quedé allí sentado, en medio de explosiones de rojo y oro, mirándolo todo boquiabierto. Aquella ciudad descolorida y gris, a la que no había prestado atención durante días, escupió todo ese poderío, aquella hermosa y tremenda energía.

En ese momento me cautivó. Jamás olvidé aquel despliegue ni volví a dejarme engañar por la quiescencia de las calles que veía desde la ventana de mi dormitorio. Eran peligrosas. Siguen siendo peligrosas.

Pero, claro, ahora es un peligro diferente. Todo ha cambiado. Trastabillé, tropecé contigo, te volví a perder, y es-

toy atrapado encima de estas aceras sin que nadie pueda ayudarme.

Oigo los siseos y suaves farfulleos del viento. Se están posando cerca de aquí, y con la creciente oscuridad se agitan y se despiertan.

Nunca te dejabas caer mucho por aquí. Allí estaba yo, en mi nuevo piso, encima de las casas de apuestas, ferreterías baratas y ultramarinos de Kilburn High Road. Era un lugar barato y lleno de vida. Yo estaba como un cerdo en una charca. Feliz como una perdiz. Comía en el indio del barrio, iba a trabajar y apoyaba tímidamente a la diminuta y angosta librería independiente, a pesar de sus patéticas existencias. Y hablábamos por teléfono, y tú incluso te pasaste por casa, unas pocas veces. Lo que siempre estaba genial.

Yo sé que nunca iba a la tuya. Vivías en el putito Barnet. Yo soy un simple mortal.

¿Tú en qué andabas metido, a todo esto? ¿Cómo podía yo sentir tanto apego, querer tanto a alguien, y saber tan poco de su vida? Tú llegabas al noroeste de Londres como transportado por el viento con tus bolsas de plástico, sin dar detalles de dónde habías estado, ni a dónde ibas, con quién estabas, qué hacías. Sigo sin entender de dónde sacabas el dinero para satisfacer tus caprichos de música y libros. Sigo sin saber qué pasó con aquella mujer con la que tuviste esa relación tan chungueta.

Siempre me gustó lo poco que nuestras vidas amorosas afectaban a nuestra relación. Pasábamos el día jugando a las máquinas recreativas y rajando sobre esa peli o aquella otra, o de un tebeo, disco, libro y, tan solo de pasada, cuando te preparabas para irte, sacábamos a relucir lo mal que lo estábamos pasando por el desamor, o la beatífica perfección de nuestras nuevas parejas.

Pero siempre te tenía a mano. Igual no hablábamos durante semanas, pero bastaba una sola llamada de teléfono.

Eso ya no servirá. Ya no me atrevo a tocar el teléfono. Durante mucho tiempo no hubo tono de llamada, solo brus-

cas interferencias de estática, como si mi teléfono estuviese buscando señales. O como si las estuviese interceptando.

La última vez que levanté el auricular algo me susurró a través de los cables, me hizo una pregunta en tono reverencial, en un idioma que no comprendía, plagado de sonidos sibilantes y dentales. Colgué con cuidado y no lo he vuelto a descolgar.

Así que aprendí a contemplar el paisaje desde mi azotea en medio del estridente brillo de los fuegos artificiales, para guardarle la reverencia que merecía. Ese paisaje ya ha desaparecido. Ha cambiado. Tiene la misma topografía, es punto por punto la misma de siempre, pero se ha vaciado y llenado con algo nuevo. Esas avenidas principales no son menos hermosas, pero todo ha cambiado.

El ángulo de mi ventana y la altura de mi techo me ocultaban el asfalto y los adoquines: veía la parte superior de las casas, los muros, los escombros y contenedores, pero no lograba ver qué había a ras del suelo, nunca vi un solo humano caminar por aquellas calles. Y aquella panorámica sin vida la veía rebosante de energía potencial. Las carreteras podían estar atestadas, quizá había una fiesta callejera, un accidente de tráfico o un disturbio fuera de mi campo de visión. Era un vacío muy lleno el que aprendí a ver, la noche de Guy Fawkes, una desolación llena de energía.

Esa energía ha cambiado la polaridad. La desolación permanece. Ahora no veo a nadie porque no hay nadie allí. Las carreteras no están atestadas, y no hay ni una sola fiesta callejera, ni podrá volver a haberla.

A veces, claro, esas calles se vuelven nítidas de repente cuando alguien camina a zancadas por ellas, decidido y nervioso, como yo mismo camino por Kilburn High Road cuando salgo de casa. Y, por lo general, ese alguien tendrá suerte y llegará al supermercado desierto sin incidentes, encontrará comida, saldrá de allí y regresará a casa, como yo he tenido suerte.

A veces, en cambio, caerán por una falla abierta en el pavimento y desaparecerán con un gemido de desesperación,

y la calle quedará vacía. A veces les llegará un olor apetecible desde una casa de aspecto acogedor, entrarán tropezando del entusiasmo por la puerta principal, que estará abierta, y se irán. A veces pasarán entre los filamentos brillantes que cuelgan de los árboles sucios y quedarán atrapados en ellos.

Imagino algunas de estas cosas. No sé cómo ha desaparecido la gente, en estos tiempos extraños, pero cientos de miles, millones, de almas se han evaporado. Las calles principales de Londres, como la carretera elevada que veo desde la parte delantera de mi casa, contienen solo algunos ansiosos individuos: un borracho, quizá, un policía con aire de estar perdido atento a los galimatías de su radio, alguien sentado desnudo en un umbral, todos evitando la mirada del otro.

Las callejuelas están casi desiertas.

¿Cómo se está ahí dónde estás tú, Jake? ¿Sigues en BARNET? ¿Está lleno? ¿Se ha producido una avalancha hacia las zonas residenciales?

Dudo que sea tan peligroso como Kilburn.

No hay lugar más peligroso que Kilburn.

He terminado viviendo en una tierra baldía.

Aquí es donde está todo, es aquí donde está el centro. Solo unos pocos cretinos sin criterio como yo viven aquí ahora, y estamos desapareciendo uno a uno. Llevo días sin ver al tipo vestido de pana, y la airada joven que acampaba en la panadería ya no está allí.

No deberíamos quedarnos aquí. Al fin y al cabo, ya nos lo han advertido.

Kill. Burn¹.

¿Por qué me quedo? Podría abrirme paso hacia el sur con razonable seguridad, hacia el centro, ya lo he hecho antes, sé cómo hacerlo. Viajar a mediodía, con el mapa apretado contra mi pecho como si fuese un talismán. Juro que me protege. Se ha convertido en mi grimorio. Tardaría una hora o así en llegar hasta Marble Arch, y todo el trayecto es por la carretera principal. Puede salir bien.

¹ En inglés, *kill* significa matar y *burn* quemar, de ahí que el nombre de Kilburn se considere una advertencia. N de la T.

Lo he hecho antes, bajé por Maida Vale, por encima del canal, que estos días está lleno de detritus oscuro. Pasada la torre en Edgware Road con el exoesqueleto de vigas rojas que sobresalen hacia el cielo seis metros por encima de la azotea. He oído unas pisadas sordas y resoplidos en los confines de esa alta prisión, he vislumbrado el brillo de los músculos y el pelo grasiento de un animal sacudiendo el metal con nerviosismo.

Creo que las cosas aleteantes de allá arriba tiran comida en la jaula.

Pero si paso todo eso estoy a salvo, en la calle Oxford, donde vive ahora la mayor parte de Londres. La última vez que estuve allí fue el mes pasado, y habían hecho un trabajo decente. Hay algunas tiendas en funcionamiento que aceptan los absurdos billetes garabateados a mano que hacen las veces de moneda, y que venden los objetos que pueden rescatar, o fabricar, o que les son inexplicablemente entregados por la mañana.

Está claro que no pueden escapar de lo que está ocurriendo en la ciudad. Sobran las señales.

Con tanta gente desaparecida la ciudad está generando su propia basura. En las grietas de los edificios y los espacios oscuros bajo los coches abandonados, los nuditos de materia se organizan formando envoltorios de patatas fritas, juguetes rotos y cajetillas de tabaco antes de romper el diminuto cordón umbilical que los ancla al suelo y alejarse flotando por las calles. Incluso en la calle Oxford se ve cada mañana un nuevo cultivo de basura, cada asquerosa pieza recién nacida tenía la marca de un minúsculo ombligo fruncido.

Incluso en la calle Oxford aparecen todos los días, sin falta, los fardos frente a los quioscos: el *Telegraph* y el *Lambeth News*. Los únicos periódicos que han sobrevivido al silencioso cataclismo. Se generan a diario, escritos, publicados y repartidos por una persona, personas o fuerzas invisibles.

Hoy ya he bajado con sigilo por las escaleras, Jake, para coger mi copia del *Telegraph* en el otro lado de la calle. El titular es «Masas autoctónicas, aullantes y con la boca húmeda». El subtítulo: «Nácar, heces, máquinas rotas».

Pero incluso a pesar de esos avisos, la calle Oxford es un lugar tranquilizador. Aquí la gente se levanta y va al trabajo, se viste con ropa que reconoceríamos de hace nueve meses, toma café por la mañana y se aferra con fuerza a ignorar la imposibilidad de lo que están haciendo. Así que ¿por qué no me quedo allí?

Creo que es la invitación del Gaumont State lo que me mantiene aquí, Jake.

No puedo marcharme de Kilburn. Aún me quedan secretos por descubrir. Kilburn es el centro de la nueva ciudad, y el Gaumont State es el centro de Kilburn.

El Gaumont está inspirado, con toda su absurdidad, en el Empire State de Nueva York. A escala de miniatura quizá, pero sus rectas y curvas se muestran dignas e imperturbables, ignoran con facilidad el barato camuflaje de ladrillos y suciedad de su entorno. Todavía era un cine cuando yo era un niño y recuerdo la curvatura simétrica de las dos escaleras también simétricas del interior, la opulencia de la lámpara de araña, la alfombra y las réplicas de mármol.

Los multicines, con sus endiosadas pantallas de vídeo y su chabacana decoración, se muestran indiferentes a los cines. El Gaumont pertenece a una época de cuando el cine era aún un milagro. Era una catedral.

Cerró y se volvió una ruina. Luego volvió a abrir, al son de los acordes electrónicos de las máquinas tragaperras del vestíbulo. Fuera, dos letreros de neón enormes explicaban el nuevo propósito del Gaumont en letras verticales, leídas hacia abajo: BINGO.

Fuiste el primero en acudir a mis pensamientos, tan pronto como supe que había ocurrido algo. No recuerdo despertarme cuando el tren estacionó en Londres. Mi primer recuerdo es bajarme del vagón, adentrarme en el frío del atardecer y tener miedo.

No fue percepción extrasensorial, tampoco fue el sexto sentido lo que me dijo que algo iba mal. Fueron mis ojos.

El andén estaba lleno, como cabría esperar, pero la multitud se desplazaba de una manera que no había visto

antes. No había flujos ni mareas de gente yendo y viniendo hacia el monitor de salidas y llegadas. No se distinguía ningún patrón fractal en aquella masa. El aleteo de una mariposa en una esquina de la estación no provocaría huracanes, ni tormentas, ni tan siquiera un soplo de viento en otros lugares. El complejo orden del caos se había roto.

Tenía el aspecto de como me imaginé el purgatorio. Una habitación enorme llena de almas huecas arremolinándose atomizadas e inservibles, cada una encerrada en su íntima desesperación.

Vi un guardia, que estaba tan solo como los demás.

¿Qué ha ocurrido? Le pregunté. Estaba confuso, negaba con la cabeza. No quería mirarme. Algo ha ocurrido, dijo. Algo... hubo un derrumbe... nada funciona bien... ha habido un... colapso...

Estaba siendo muy inexacto. No se le puede culpar. Fue un apocalipsis muy inexacto.

En el tiempo que pasó desde que cerré los ojos en el tren y los abrí de nuevo, algún principio organizador había fracasado.

Siempre he imaginado el suceso en términos muy literales. Siempre he concebido un edificio vasto e imposible, una central eléctrica espiritual con un núcleo inestable excretando la energía y la conectividad del mundo. Siempre he evocado los engranajes de esa impensable maquinaria sobrecalentándose, una masa crítica siendo alcanzada... los mecanismos flaqueando y trabándose al estallar el núcleo en silencio, escupiendo su combustible venenoso por toda la ciudad y más allá.

En Bhopal, la planta de Union Carbide vomitó una bilis mortificante y asesina. En Chernóbil, los efectos fueron un terrorismo celular más insidioso.

Y ahora Kilburn estalla en confusa entropía.

Lo sé, Jake, lo sé, no puedes reprimir una sonrisa, ¿verdad? De lo alucinante y lo terrible a lo ridículo. Aquí no hay muros con cadáveres apilados hasta arriba. Rara vez se derrama sangre cuando los habitantes de Londres desaparecen.

Pero la ciudad se está desinflando, Jake, y Kilburn es el epicentro de ese vaciado.

Dejé al guardia solo con su confusión.

Tengo que encontrar a Jake, pensé.

Probablemente estés sonriendo al leer esto, menospreciándote como haces siempre, pero te juro que es verdad. Estabas en la ciudad cuando ocurrió, lo viste. Piénsalo, Jake. Yo estaba dormido, en tránsito, ni aquí ni allí. No conocía esta ciudad, nunca había estado aquí antes. Pero tú la habías visto nacer.

No me quedaba nadie más en la ciudad. Podías ser mi guía, o al menos podíamos estar perdidos juntos.

El cielo estaba completamente muerto. Parecía hecho de papel negro mate y pegado sobre las siluetas de las torres. Todas las palomas se habían ido. No lo supimos entonces, pero esas cosas invisibles y aleteantes habían nacido con una explosión, ya adultas y voraces. En las primeras horas surcaron los cielos sin ser apenas presas de nada.

Las farolas todavía funcionaban, igual que ahora, pero de todos modos tampoco había nada profundo en aquella oscuridad. Deambulé nervioso, encontré una cabina de teléfono. No parecía querer mi dinero, pero me dejó hacer la llamada igualmente.

Contestó tu madre.

Hola, dijo. Sonaba apática y perpleja.

Me quedé en silencio demasiado tiempo. Estaba buscando a ciegas cuál era el nuevo protocolo apropiado para los nuevos tiempos. Era un completo ignorante de las normas sociales, y tartamudeé mientras ponderaba si decir algo del cambio.

¿Está Jake ahí? Dije al fin, ridículo y banal.

Se ha ido, dijo. No está aquí. Se marchó esta mañana a comprar y no ha vuelto.

Entonces se puso tu hermano y habló con brusquedad. Fue a no sé qué librería, dijo, y supe dónde estabas.

Era la librería que encontramos a la derecha cuando sales de la estación Willesden Green, donde la cuesta de la calle en pendiente empieza a empinarse. Es barata y tiene